

Capítulo 26 - Granjero de cerdos - El último Orellen

- [Capítulo 26 - Granjero de cerdos - El último Orellen](#)

Capítulo 26 - Granjero de cerdos - El último Orellen

Granjeros de cerdos

Kalen podría haberle formulado muchas más preguntas. Pero no valía la pena correr el riesgo. La duendecilla podría cambiar de opinión respecto a ayudarlo, o quizás existía un límite de tiempo desconocido para su regreso, o Nanu o Lander podrían acudir a verificar cómo se encontraba y encontrar su cuerpo... ¿inconsciente? ¿Tropieza sin sentido? ¿Muerto?

Así que en cuanto Lutcha le entregó el Disco, él lo alcanzó con ambas manos.

Más tarde, se preguntaría por muchas cosas. ¿Qué exactamente le había hecho el misterioso artefacto? ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dónde había estado en el lapso entre contactar con él y volver a ser consciente de su propio cuerpo?

Desde su perspectiva, nada ocurrió en absoluto. No sintió movimiento alguno, ni un instante de oscuridad como si hubiera parpadeado. Estaba en el árbol con Lutcha y su gatito astral, y luego volvió a ser él mismo.

Todo de él.

No había sido consciente de cuánto había dejado atrás. Todo le golpeó de repente. Sensación física, la mayor parte de sus emociones, todo el mundo tangible.

Era un suplicio.

Todo, todo le dolía. La piedra lisa bajo su mejilla parecía ser fragmentos de vidrio roto. La lluvia que le empapaba atravesaba su piel como agujas heladas. Incluso la tenue luz gris del día tormentoso le picaba los ojos.

Kalen cerró los ojos de golpe y quedó temblando, indefenso ante la avalancha de sensaciones físicas. Y sus emociones confusas y potentes empeoraban todo.

Estaba enojado. Avergonzado.

Asustado.

Tenía tanto miedo que casi eclipsaba todo lo demás, y aún unos minutos después, cuando sus sentidos finalmente se estabilizaron lo suficiente para que entendiera que, físicamente, estaba bien —solo un poco frío, muy mojado y dolorido por estar inmóvil sobre la piedra—, el miedo

permanecía sin disminuir.

Su corazón latía con fuerza. Respiraba demasiado rápido. Como un niño pequeño que se oculta de los terrores nocturnos, no podía abrir los ojos.

Tú bebés, se reprendió a sí mismo. Cálmate. Sobreviviste. Estás de vuelta en tu roca. ¿Qué hay que temer?

Como si la misma pregunta le hubiera dado permiso a sus pensamientos para aclararse, una lista entera de cosas aterradoras surgió en su mente.

Algo poderoso, de un lugar que ni siquiera sabía que existía, quería su cuerpo y alma para su propio uso. La seguridad de Lutcha de que él no era un candado en forma de sylph ya no era un consuelo real.

Después de todo, Lutcha era una criatura alienígena, impredecible y moralmente perturbada. Kalen se sorprendió de que no hubiera intentado alimentarlo a su gato.

Pensaba que la duendecilla tal vez tenía razón y de seguro había sido honesta con él. Pero dada la gravedad de la amenaza, el hecho de que su seguridad solo era probable no suavizaba su terror.

Por si fuera poco, tenía la última confirmación de sus propios orígenes. No era un humano. No en la forma simple que todos los demás podían ser. Era un ente amalgamado por la magia. La cola número novecientos y cuarenta y tres de un lagarto. Un número, un señuelo, una creación improvisada hecha para un uso y no para una vida.

Había pensado que era así, pero saberlo con certeza era diferente. Más serio. Ahora, no podía apartar la vista de esa realidad.

Bueno... ¿importa realmente?

A Kalen en realidad no le importaba mucho que hubiera sido creado por una familia de wizarne con artes mágicas seguramente blasfemas. Era extraño y perturbador, por supuesto, pero no se sentía deshumano. No pensaba que fuera oscuro o sucio.

Pero él estaba seguro de que otras personas—la mayoría incluso—pensarían que era todas esas cosas si supieran. Eso era lo que realmente le aterrorizaba.

Zevnie le había dicho que habían quemado a una chica en su isla solo por tener branquias.

¿Qué le harían a Kalen? ¿A su familia? ¿Pensarían que su padre y su madre estaban aliados con un monstruo? ¿Herirían también a Fanna, pese a que solo era una bebé?

Apretó los puños con fuerza, sintiendo cómo sus nudillos rasguñaban contra la roca. Nadie puede saberlo. Nadie puede jamás saberlo.

El pensamiento en su familia le recordó que no podía permitirse seguir aquí, temblando y aterrorizado.

Alguien podría verlo. Podrían sospechar que algo andaba mal en él. Tenía que actuar con normalidad. Tenía que ser normal cada minuto, cada hora, cada día de su vida para no ser descubierto.

La claridad que había estado buscando desde que Zevnie dejó la isla finalmente llegaba a él. Todo era realmente tan sencillo.

Tiró sus libros al océano, dejó la magia y maldijo la aurora cada vez que aparecía. ¡Se interesaría de verdad en los cerdos además de Sleepynerth y se concentraría en la cría de porcinos!

No es que lo odiara. Solo le resultaba un poco cansado. Y disfrutaba trabajar con su padre. Jorn estaría feliz. Shelba estaría feliz. Sería más fácil para todos en la familia, en la aldea, y Fanna estaría segura.

Si solo fuera un criador de cerdos en una isla aislada, a nadie le importaría su pasado. Era una bendición que no hubiera llegado a convertirse en practicante antes de recapacitar. Lander decía que la magia de Kalen era mortalmente aburrida, y qué suerte. Dentro de diez años, nadie en la aldea la recordaría más que como una etapa infantil.

Comenzaré a ser insignificante desde ahora mismo. En este minuto. Iré directo a casa y limpiaré mi habitación.

Intentó levantarse de un salto, pero estaba tan rígido que solo logró tambalearse torpemente. Miró al cielo gris, parpadeando para apartar las gotas de lluvia. Será un largo camino de regreso a casa con la ropa mojada.

Inspiró profundamente, buscando estabilidad. El aire olía sorprendentemente maravilloso. Como una rama de abeto recién cortada. Era un olor verde—resinoso y lleno de vida.

Por un momento tonto y feliz, Kalen se sintió satisfecho consigo mismo. Había tomado una decisión que calmó gran parte de su miedo agitado. Todo estará bien. Puedo hacer que esté bien.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que en el bosque faltaba una enorme mancha.

Kalen se quedó en el borde de su roca, con los puños apretados en su cabello mojado, y contempló un escenario de destrucción. A su alrededor, en el enorme monolito, los grandes pinos y abetos habían sido talados. La mayoría yacían en el suelo, los demás habían sido partidos por la mitad. El suelo cubierto por una alfombra de madera rota, raíces expuestas, ramas quebradas y corteza despojada apenas se veía.

La catástrofe se había extendido desde la roca, derribando los árboles en un círculo casi perfecto.

Yo, pensó. No fue una catástrofe. Yo.

Kalen contó lo mejor que pudo; creyó que la zona impactada tenía unos veinte árboles de profundidad. Más allá, en la zona afectada, solo faltaban la mayoría de sus ramas, en lugar de estar completamente aplastados.

Al principio, solo sintió un vacío de insensibilidad y shock. ¿Cómo? ¿Por qué?

Creo que quizás eres muy poderoso... ¿No le dijo Nanu hace poco más de un año? ¿Y no dijo Zevnie casi lo mismo, pero de una manera más molesta?

Kalen no les creyó realmente.

Tenía una afinidad natural por la magia del viento. Le importaba mucho eso hace relativamente poco tiempo. Y ahora...estaba...confirmado. Muy confirmado.

“¡Ja!” exclamó Kalen, con voz estridente. “¡Por fin soy un mago de bajo nivel!”

Después de todo, lanzar su primer hechizo alineado era lo único que le quedaba por lograr para superar la etapa de aprendiz. Podía tacharlo de su lista de tareas pendientes.

Y luego... y entonces...

Tengo que esconder esto. Tengo que esconderlo. Nadie puede saberlo.

Consideró la idea de incendiar el bosque, pero aunque lograra descubrir cómo hacerlo en medio de una tormenta, no es que eso fuera a mejorar la situación. Había visto un parche quemado de bosque antes, y casi todos los árboles carbonizados aún seguían en pie.

Se sacudió la cabeza, con el corazón latiendo con fuerza otra vez. Estaba entrando en pánico, y el pánico lo convertía en alguien infantil. Algunos errores son tan grandes que no puedes esconderlos.

¿Qué puedo hacer entonces?

La única respuesta que se le ocurrió fue volver a casa, contarle a todos, pedir perdón y aceptar su castigo con madurez.

Había muchos problemas con esa respuesta. El menor de ellos era la incapacidad de Kalen para redactar una disculpa que sonara sensata cuando tuviera que empezar diciendo: "Lo siento mucho, todos. Me dejé llevar por la emoción de la roca y derribé todos los árboles."

No importaba lo que dijera o cómo lo explicara.

Nadie olvidaría esto. Nadie guardaría silencio al respecto. Cuando alguien viera esto, Kalen sería la persona más famosa de la isla.

“¡MIERDA!” gritó Kalen al cielo. “¡Iba a ser normal! ¡Iba a ser un granjero de cerdos! ¡Todo habría estado BIEN!”

Llevaba un rato maldiciendo, practicando palabras que había oído usar a su tío cuando estaba borracho y le gustaba contar historias sucias de marineros. Pero ni siquiera obtuvo la satisfacción de escuchar un trueno de respuesta.

Cuando terminó con su rabia, solo le quedaron la lluvia pesada, un dolor de cabeza terrible y todos los problemas que él mismo había creado.

Poco después, Kalen comenzó a avanzar con cuidado entre los árboles caídos, procurando no clavarse en ninguna rama rota. A medida que avanzaba, forzaba a su cerebro mareado a inventar planes que le ayudaran a minimizar el daño a él mismo y a su familia.

Hasta ese momento, solo había ideado malos planes, pero estaba tanteando la idea de mejorar uno en el que fingía haber tenido una visión sagrada, hasta hacerlo mediocre. Podría decir que los árboles habían sido derribados por el poder divino y que los dioses le habían ordenado abandonar su camino de mago y unirse al sacerdocio.

La mayoría no le creería, pero quizás suficiente gente sí, para que pudiera salirse con la suya.

Podría ser sacerdote de Veila. Ella no parece del tipo de dios que se molestaría si miento un poco. Esa era una idea.

Cada plan, por malo que fuera, empezaba por aplazar el momento en que su delito sería descubierto el mayor tiempo posible. Eso significaba que tenía que abandonar la roca para que nadie fuera allí a visitarlo.

Fue un alivio llegar a la parte del bosque que no parecía haber sido azotada por un huracán localizado. Tras caminar durante una hora, incluso había logrado calmarse lo suficiente para que una preocupación menos apremiante comenzara a hacerse sentir.

Su magia se filtraba.

Le costó un tiempo advertirlo, pues había evitado pensar en sus caminos mágicos. No se sentían del todo correctos, pero eso era algo que podía esperarse. Había canalizado más poder a través de ellos que nunca antes, y luego fueron atacados por un ser de otro plano, y después de eso, de alguna manera, fue separado de ellos cuando viajó al segundo mundo...

Tendría que averiguar por qué ocurría eso. Estaba casi seguro de que los caminos eran más un asunto espiritual que físico. Después de todo, no se podía abrir a una persona y verla con los ojos, ¿no? ¿No habrían ido con él al pantano?

En fin, Kalen asumió que probablemente estaba dañado mágicamente. De alguna forma. Y prefería no examinarlo demasiado mientras estuvo ocupado con las otras muchas partes de su vida que había arruinado.

Pero la fuga de magia no era algo que tuviera que buscar activamente. Era evidente. Como aquella vez que lanzó hechizos durante horas, embriagado por la aurora que había traído al Mago Arlade y

a Zevnie a Hemarland. Su magia se sentía floja y desordenada dentro de él, como si se filtrara más allá de los límites de su forma enmarañada habitual.

Se detuvo en su andar y ponderó el asunto.

Quizá lo mejor era no ignorarlo por completo. Sería difícil concentrarse en repararla —si eso era lo que la situación requería— cuando estuviera rodeado de otros. Así que al menos debía entender con qué estaba lidiando.

Agotado y resignado, Kalen encontró un lugar cómodo bajo un árbol. Estaba bien protegido por ramas bajas y curvadas, y apenas estaba húmedo. Desde que la lluvia se había convertido en una llovizna suave, se quitó la ropa húmeda y sacó una camisa seca de su mochila.

Huele a hogar.

Apoyando la espalda contra el tronco, cerró los ojos y comenzó su inspección. Sus caminos aún estaban allí, y para su sorpresa, parecían intactos y con la forma correcta, a pesar del abuso al que los había sometido.

Sus núcleos parecían más prominentes que antes... mucho más en el caso del núcleo del viento. Pero era más que nada que su percepción de ellos era mucho más fuerte que antes, no que realmente hubieran cambiado. Kalen supo instintivamente que ahora sería más fácil construir patrones de hechizo cerca del núcleo de magia de viento alineado con ese núcleo. Si se atrevía a arriesgarse.

A pesar de estar milagrosamente completo, no estaba equivocado acerca de la fuga. Sus caminos estaban allí, y estaban enteros, pero, ¿se sentían blandos? O tal vez era mejor pensarlo como si fueran porosos.

La magia de Kalen se filtraba en el mundo que lo rodeaba sin que él diera instrucciones para que ocurriera. Y era mucho más que la vez anterior en que esto había sucedido.

La última vez estuvo bien. No ocurrió nada malo, y se arregló solo después de unas horas.

Ni siquiera era una sensación desagradable. Solo resultaba inquietante porque era algo fuera de lo común.

Aun así, Kalen se encontraba mirando a su alrededor como antes, intentando averiguar qué estaba haciendo aquella magia que escapaba. Si era mana puro, eso sería una cosa. Simplemente existiría en el mundo hasta que algo la absorbiera o la influyera. Pero, en realidad, cualquier mana que pasara por los caminos del practicante se convertía en magia. Lo cual era como... mana con una opinión.

Muchísimas personas utilizaban las palabras de manera intercambiable, incluyendo a Kalen. Pero él sí sabía que existía una diferencia. Mana permanecía en espera, en silencio, listo para actuar. La magia, en cambio, hacía cosas.

La magia que no había sido transformada en un conjuro deliberado podía ser demasiado débil para producir un efecto evidente o podía encontrarse con otra magia que alteraba su naturaleza o incluso la neutralizaba, pero aún así...

Kalen estaba filtrando una cantidad bastante considerable de magia. Estaba solo aquí en el bosque. Y Hemarland prácticamente no albergaba vida mágica vegetal o animal que pudiera contrarrestarlo. Por tanto, debería haber sido capaz de percibir o detectar algún efecto.

Prestaba cuidadosa atención. Las agujas de pino crujían sobre su cabeza. En algún lugar cercano, un pájaro carpintero golpeaba un árbol con su pico. Gotas gruesas de agua salpicaban sobre el suelo del bosque.

Todo era tan mundano.

Pero, dadas las experiencias que había vivido ese día, Kalen se sintió nervioso. Decidió quedarse quieto y observar. Quizá el paso del tiempo hiciera más evidentes los efectos de la fuga mágica.

La magia podía ser más peligrosa de lo que había imaginado. No quería derramar una gran cantidad de ella alrededor de su familia sin conocer su verdadera naturaleza.

Se quedó allí durante una hora, observando y esperando. Hizo algunos intentos superficiales por detener la fuga, pero en realidad no sabía cómo. Nunca había leído sobre una técnica para solidificar sus caminos mágicos; no se suponía que fuera un problema. Y cuando movió su magia con precaución, cuidando de no alterar el núcleo del viento, la velocidad de la fuga pareció aumentar.

Al abrir los ojos tras su último intento, Kalen miró de reojo hacia la rama de pino más cercana a él. Era una rama delgada cubierta de agujas de color verde oscuro que comenzaban a tornarse marrones.

Frunció el ceño. ¿La rama había estado marchitándose antes? Parecía enferma.

Dirigió toda su atención hacia ella y, tras una larga observación, sus peores sospechas quedaron confirmadas. Con frecuencia, la rama crujía como si hubiera sido tocada ligeramente por una mano que pasaba. A veces, misteriosamente, parecía más larga o más corta de lo que debía. Pero, sobre todo, se iba tornándose, lentamente, cada vez más marrón, como si sufriera de una prolongada sequía.

Cuando Kalen empezó a observar el entorno con esta terrible nueva percepción, vio cada vez más evidencias que no podían atribuirse a la casualidad. Había un escarabajo muerto en el suelo, junto a su pie. Un parche de musgo que en esta época del año debería estar verde y vibrante estaba seco y gris. Las hojas de una enredadera que se enroscaba alrededor del árbol vecino estaban encogidas y manchadas.

Kalen estaba dañando la vida solo con su contacto.